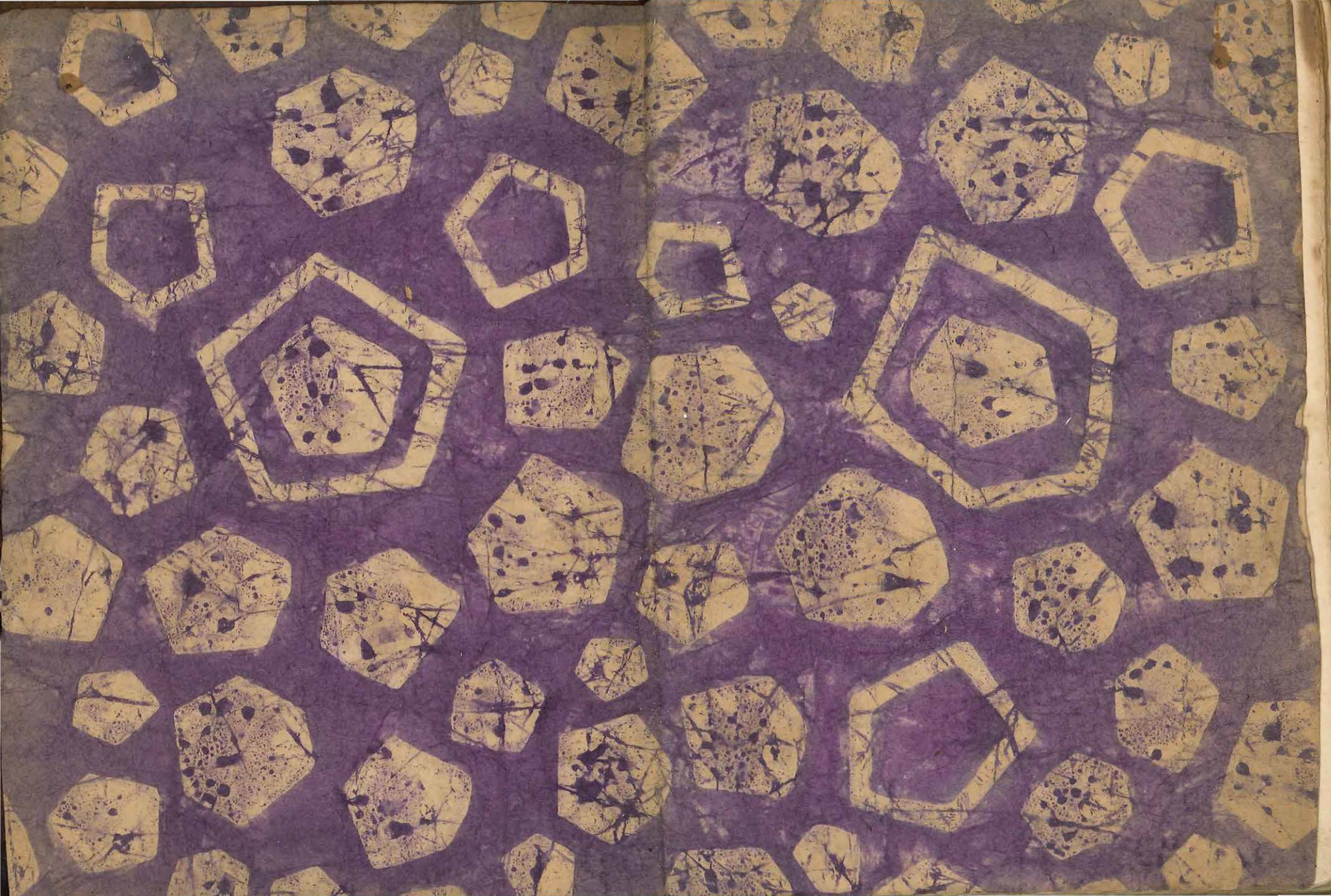
La
cocina
del
rey
rojo



LA COLINA DEL PÁJARO ROJO

EMILIO ORIBE

LA COLINA DEL PÁJARO ROJO

(POEMAS)

PRIMERA EDICIÓN

MONTEVIDEO
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
1925

A Milo Beretta,
muy admirable pintor,
artista y hombre de selección,
exquisita.
Pálido homenaje
dedico en tu obra mía, en
sus cinco tiempos
a él
Emilio Oribe
1528 =

A Maruja

LA SIMETRÍA

Géométrie, finesse ...
PASCAL

Este es el canto
de la simetría
y el orden santo.
Don de los dioses
al alma mía.

Simetría.
Perfección maravillosa
del pétalo de la rosa,
que da luz en la lámpara del día
y de la escultura dichosa
del cuerpo de la amada mía.

O de la luz astral y esa rubia doncella.
Ella y ella.
Fidelidad del binomio divino
en la dicha o la desgracia.
Ella y ella. Insoluble doble estrella.
Encarnación del genio greco-latino
que era profundidad y gracia.

Vaso de la antigua ciencia de amar,
de la sabiduría
y la obediencia.
Transparencia ejemplar.

Contemplador,
como un pastor
caldeo...
Hoy canto lo que veo.

Me fuí con la doncella a la llanura
e hice un hogar. Puse el cimiento,
los muros...
Un reloj solar.
Primitiva arquitectura
y el sol en movimiento.

Ví la ondulación de los montes,
el pentagrama de los alambres tirantes,
circunferencias de los horizontes,
que ella abarca en los brazos flotantes.

Profundidad de los cielos americanos
en su pupila transparente.
Espirales de pájaros lejanos
por su frente.

Las esferas de cristal
de Copérnico están en sus pupilas.
Una esfera está en otra. Musical
juego de luces tranquilas.

Alta, serenamente,
allí la esfera de los astros fijos yace
con la luz permanente.
Seis más hay ¡qué lúcidas!,
en el enlace
del arco gris del iris y la frente.

Meditador
como un pastor
caldeo.
Yo canto lo que veo:

Inmensidad del prado abierto
que la cobijó.
Continuidad de los torrentes
que calmó.
Limitación de la casa mía
que ordenó.
Bautismo de las nuevas constelaciones
que ella vió.
Belleza vital de los dos hijos varones
que me dió.

El pensamiento mío escapa al cielo.
—¡Con él nos vamos!—
Orgullo de arquero al fin,
vuela derecho a deshojar los ramos
del pitagórico jardín.

Va a la bóveda azul que la circunda.
Único límite de sus actitudes.
Copia de su sïen meditabunda.
Playa del gran mar de las beatitudes.

Campos, llanos fecundos.
Ciudades en formación.
Campos de estos nuevos mundos.
Campos de América son!

Católica armadura de la iglesia
donde va a orar.
Espacio y espacio de las tierras vírgenes
que hay que arar.
Flechas ardientes de la llama del hogar
que hay que guardar.

En nuestro jardín
la abeja extasiada
va de la flor a la flor.

La parábola que describe es sagrada,
como el canto del ruiseñor
y como la mirada
de mi amor.

Bajo el cóncavo abismo
tersa brilla el agua, limpio espejo.
Una garza está allí como un guarismo
perplejo.
— Geometría del área redonda
de la honda
que manejo!—

Oíd el canto
y la melodía,
de la simetría
y el orden santo.
Don de los dioses
al alma mía.

Mía es la novísima ciencia
de madrugar en luz y transparencia.
¡Canto a Dios con garganta de cristal!
Amo la perfección
del numeroso exágono formal
de las abejas que estudió Aristóteles,

del hormiguero, cosmos en embrión,
y de la fea araña tropical,
que al alba desnuda le teje un sayal.

Todo mi ser se ha entregado
a tan sublime ejercicio.
Libre estoy de pecado
y lleno de sacrificio.
Dios, en mí ha anidado
como en un quicio.

Geometría divina
del pájaro rojo en la colina.
Llama oval que no cesa de arder.
En cada amanecer,
mi corazón y el pájaro rojo,
juntos, para escucharse, se levantan.
Son las dos llamas únicas que cantan.

Para el amor y la astronomía,
geometría de la noche estrellada.
Matemático vuelo de la luna
dorada.
Sobre constelaciones,
desarrolla los temas
de armoniosas ecuaciones

y teoremas
absolutos.
Geometría del árbol con frutos:
Geometría de la semilla
—¡Maravilla!,—
que va a brotar...
¡Qué cosa más sencilla!
¡Maravilla!
El canto nocturno va a empezar
del orden y la simetría,
don de los dioses
al alma mía.

Oh músicos celestes,
sinfonistas agrestes.
Geómetras magníficos y enormes.
Con vuestra perfección hice mi casa.
— Gracias!
El eje que al girar mueve los orbes
por allí pasa!

EL PÁJARO ROJO

Pájaro tropical,
tenue como una llamita frágil,
que ebrio de luz estival,
cantas — ¿una canción? — y ágil
huyes hacia el oscuro matorral.

Tú, que cortas mi viaje,
con qué alegría súbita conversas,
en la fiesta del sol y en el paisaje
como un montón de chispas te dispersas!

Me recuerdas?
¿No vistes este modo
de asombro, este andar por los desiertos,
con la honda en los brazos bien abiertos,
allá en la estancia de los padres muertos?
Pobres! Qué lejos todo!

Oh, tiempos transcurridos...
Y cuantos seres idos...
Hoy, bello, ardiente, audaz, te he vuelto a ver.
— Qué grande la sequía!
Los ganados
buscaban agua. Tú, ibas a encender
con tu cuerpo de llamas los sembrados,
las parvas
grité: — qué vas a hacer?
La cosecha!
pájaro mío, no la harás arder!

Desde un junco viste
que se acercaba a ti un muchacho triste.
— Me dejaste acercar,
y escuché tu parlar:
— Oye, y acaso llores, me dijiste,
— no eres, extranjero,
ni la sombra de aquel divino hondero.

Y me quedé llorando
mientras tu canto oía.
Te ibas. Regresaste, cantando. Volando...
Estabas despertando
en mí la americana poesía.

Oh, pájaro de fuego:
a mi mano has venido.
Pronto has entrado en mí, por el oído...
Resquicio de un tejado solariego.
Te llevaré al hogar,
y han de decirme allí al vernos llegar:
— Traes la roja amapola que ha aprendido
a volar
y a cantar.

Bendito seas!
Por hacerme bien,
huiste del conjuro de la hembra
y también de las albas de la siembra.
Las albas, que te vieron
mil veces balanceándote tranquilo
en un junco delgado como un hilo.

Gracias!
Vámonos. Te acojo
con mano tierna.
Y en mi hogar te alojo.
Mi corazón te doy, que es luz, agua de río,
trigal de oro, rocío...

Desde ahora,
balanceándose irá tu cuerpo rojo
en el verso mío.

EL CANTO DE LAS COLINAS

Las largas curvas
de las colinas.
Líneas de cuerpos desnudos
inmóviles todavía.

Gracia, que la vista
escoge para el suave descanso.
¿Flancos de jóvenes mujeres
despertando?

El espacio y la luz
y la línea curva.
La tristeza del último gaucho
en la llanura.

El cencerro es flor sonora.
El balido del rebaño,
arco de invisible puente
traza, cóncavo, alargado.

Sólo las largas curvas
de las colinas.
Ni lo estable del genio clásico.
Ni el mármol, ni la casa granítica.

Allí no han podido ser;
ni el pensamiento puro aún,
ni la serena frente
fecunda, ni la beatitud.

Allí no ha estado el águila
del altísimo volar,
ni la Minerva de ojos firmes,
ni la serenidad.

Ni la llama eterna
pudo, una vez, arder.
Sólo han pasado los vientos, los potros,
y el hombre loco y cruel.

Las largas curvas
de las colinas.
Virginidad de las verdes láminas
aún no escritas.

La atmósfera es templo sin ritos
La luz, en ricas columnas,
sostiene un cielo redondo
como una cúpula.

El agua, al correr poco dice.
El viento, algo sólo a veces.
No obstante: alegrémonos!
Todo estará por decirse o hacerse!

Mas si el poeta viene y canta
o eleva en las sombras su lámpara,
manos, hoy, por todas partes
se la apagan.

Las largas curvas de las colinas.
¿Se podrá decir que despierta
mal definida, débil, acaso
la belleza?

Falta el barro de los profetas
que roban el fuego al numen azul.
Faltan los que se abrazan en llamas
por traer la luz.

Los hombres miran la tierra
y buscan oro. No en los cielos
combinan poemas, como los pastores
caldeos.

Falta el trágico heroísmo
fundamental.
Dios no ha encontrado el vientre
donde encarnar.

Van con músicas y frutas
y flores, las estaciones del año.
Apenas rozan la tierra
sus pies alados.

Desiertas, a lo lejos, como mares,
las llanuras
se transparentan,
y azulan.

Naves errantes en el tiempo
las horas pasan.
Ah! esas naves,
sin anclas!

Las largas curvas
de las colinas.
Líneas de cuerpos inmóviles.
No se sabe hasta cuándo todavía!

LA AMISTAD DE LOS VIENTOS

Estación en el campo.
El tren se ha ido lejos.
Abandono.
Los únicos viajeros,
yo y el viento.

Vuela el viento con pluma de cristal
en los talones,
y al rato empieza a hablarme
como un amigo,
que a mi oído dirá miles de cosas.

—Por fin nos vemos!
Poeta!
Tus sienes arden! ¿Es la energía antigua?
—No!
—¿Y los caudillos libertadores?
—¿Quién los recuerda?
—¿Tú, no eras de ellos?

—¿No lo decías?
—¿No te nutrieron con su sangre díscola,
con sus leyendas,
con sus martirios?
— Cachorro¡ ¿No te dijo así tu madre?

— Piensa, y dime si aún puedes mirarlos
subir, dentro de ti, como de un álbum
de borrosas estampas.
Aquél, el rubio, que ultimó al tirano
de las quince provincias.
Aquél, el viejo que fundó ciudades.
Y el de la guerra de los nueve años.
Y el otro, el que cuidaba las tropillas
de potros, por colores agrupándolos:
los potros blancos, lindos,
los colorados, ruines...

Densos, como manchones de color,
en la llanura, manta de los coyas,
sus tropas y rebaños.

Entre tanto, desnuda,
la mañana entre músicas de árboles,
huye por los trigales.
Otros vientos me hablan!

No los oigo:
Los ojos se me van
detrás de aquella nube,
de la garza rosada,
de la bruma del río,
del vellón del cordero,
de las minas azules del cielo.

Hay que olvidar!
Oros de los navíos
y los puertos.
Cantos del mar.
Hay que olvidar!

Mejor que todo eso,
es aquí en estos campos,
el trigal, que da el pan que has de ganar!

— Vuelve a ser tú!
— El ave canta. El campo ríe. Ondula el trigo.
Estación solitaria.
El tren se ha ido lejos:
los únicos viajeros
yo, y los vientos!

Los vientos, que me hablan sin cesar:
— No dudes. Mira!
— El sol, como un caudillo
galopa!
Se ha llevado a la mañana
desnuda sobre el anca de su gran potro blanco!

GLORIFICACIÓN DEL SOL

Laudato si, mi signore...

SAN FRANCISCO DE ASÍS

Mañana de domingo!

Sale el Sol por las lomas.
Tibio está como un blando huevecillo.
¡Gloria al Sol que me cabe en una mano!

Brillan los pastizales.
¡Gloria al Sol en la gota de rocío!

Aves blancas
¡Gloria al Sol en el pico de las aves!

— Buen día, labrador.
¡Gloria al Sol en la reja del arado!

Mirad: un enjambre.
¡Gloria al Sol en el ala de la avispa!

Y esas muchachas?
¡Gloria al Sol en las piernas de las mozas!

Una carreta.
Con un trozo de bosque perfumado.
¡Gloria al Sol que es antorcha en la picana!

Hierven los hormigueros.
¡Gloria al Sol, armadura de la hormiga!

Ya se rasga el maíz.
¡Gloria al Sol, que se cuaja en las espigas!

¿Y ese griterío?
¡Gloria al Sol en la voz de las cotorras!

La cigarra ha aflojado su resorte.
¡Gloria al Sol y a su hija la cigarra!

El trigo está seguro.
Gloria al Sol, que da un beso
a la parva, pezón de la colina!

El pan ya está en el horno.
¡Gloria al Sol, que en el pan se multiplica!

Un pájaro arquitecto le termina
una cabeza al palo del telégrafo.
¡Gloria al Sol en el nido del hornero!

Un pajarillo rojo es una llama
que arde en otro palo.
¡Gloria al Sol que no apaga ese alto cirio!

Ancianitas de luto hacia la iglesia.
¿Acaso las hormigas van a misa?
¡Gloria al Sol porque ríen las ancianas!

Mañana de domingo.
El sacristán se agita entre las cuerdas
y echa a volar campanas en la torre.

Allí cerca,
una oveja solar de ubre redonda
sufre los cabezazos
del cordero mamón de larga cola.

Llamó a misa en lo alto la campana.

Ruidoso de cencerros:
el cordero respóndele,

agitando las tetas sonrosadas.
En la elástica ubre de la oveja
campanero!

Mañana de domingo!
¡Gloria al Sol porque el día está sonando!

LA MÁS ALTA CIUDAD

Aéreas,
en la luz de los sueños,
con nitidez de joya, aquella noche
se me aparecieron
las ciudades antiguas,
con la cruz griega de sus catedrales,
la estrella desigual de sus baluartes
y las doradas cúpulas.

Ciudades defendidas por las murallas blancas!

Las ciudades marítimas también,
a la luz de los sueños,
con altos paredones revestidos de cal...

Como emjambres de ángeles las casas
de las ciudades que levanta Dios,
con pétreos coseletes de mil años
en la llanada inmensa o en el monte.

Las ciudades católicas, castillos
con muros fenestrados
a modo de gorgueras con encajes,
nidales de los santos,
ciudadelas de puentes levadizos
y anchos fosos.

Yo ví en sueños todo eso.
Ví todo a un mismo tiempo y en detalle.
Fué la primera noche en que dormía
en abierta ciudad
de América del Sur,
después de un viaje lírico,
por las tierras del mundo antiguo y muerto!

Y hacia el alba,
soñando,
ví caer las ciudades y elevarse
por encima de todas, con mil torres,
otra ciudad con sus murallas blancas.
Oh gran revelación
de la ciudad del pensamiento mío!

Nueva frente a los llanos,
nueva sobre las otras,
nueva sobre los tiempos...

También con sus murallas;
guardada por las torres de las sienes
y el frontal, muro extenso.

Ciudad del pensamiento
con los cinco sentidos
abiertos hacia el mundo
igual que cinco puentes levadizos.

En la red de los sueños,
yo la construía en mí.
Ahora la afirmaba para siempre.

ORACIÓN POR LAS CIUDADES FUTURAS

He aquí el campo fragante:
estamos hacia el fin de primavera.
Crece la sementera
para la hoz brillante.

Mirad: las llanuras creadoras,
los ríos de cauces impuros,
los pájaros de púrpuras y oros,
las locomotoras,
los trigales maduros
y los oscuros y sonoros toros.

El menisco del creciente
con su curva oriental,
dice el destino de la avena reciente
rizada por el viento vesperal.

De pronto,
una golondrina
huye rápida,
como si descorriera una cortina.

Flotan livianos tules,
vapor del valle en los caminos pardos,
inciensos de las lámparas azules
de los cardos.

Vienen esquiladores
indios. Van con dinero,
compran mujer y alcohol y llevan flores
en el sombrero.

En la extensión del prado,
solo, dominador,
un astro, que es Adán, feliz, recién creado,
mira al mundo con candor.

Aúreas, por mi ventana,
veo a montones las bolsas de lana.
Son larvas o capullos. —
Sufrirán metamórfosis curiosas:
por los campos o villas
de allí han de volar muy grandes mariposas.
Vaya uno a saber qué maravillas! —

A ti, hombre de carne y hueso,
un canto pido, para todo eso:
A las mozas de las granjerías,

ordeñadoras de las vacas buenas,
que fabrican el queso
perfumado de todos los días.
Los quesos blancos como lunas llenas.

Un canto, pues, para los rastrojos,
color de león en las grandes sequías,
de un dorado tan vivo que lastima los ojos,
por donde van los pajarillos rojos,
flechas con llamas de tribus bravías.

Loemos la agraria faena
de estas horas.
El trepidar de las trilladoras,
— ¡tan complicados relojes de arena!,
y el grano
que allí cae con un gesto cristiano.

Y el palomo del arrullo y el mimo
y la paja que al aire se quema,
y la torcaza del carnal arrimo
y la viña, la gracia del verano,
cuya pobre raíz dirá el poema
en la luz del racimo
pagano.

El buey con un pájaro en el lomo
y la potranca de la rubia crin.
Y el bosque con espinas de aromo
junto al camino que no tiene fin.

Las mesetas
de los trigos, poetas,
a cantarlas! A cantar
las mareas de espigas agrestes,
que suben tras la órbita de los cuerpos celestes,
como huyendo del brazo que las ha de cortar.

El nivel del trigal denso y tan llano
que se uniforma en una sola franja.
— Sobre mis trigos, — díceme un paisano, —
se puede hacer rodar una naranja! —

De rodillas ante las mieses
cambiantes en la ronda de los meses.
Orad frente al ombligo
de mieles del higo,
frente al lanar cándido y bello,
y al campo, que a la vista
amarillento está, como el abrigo
de piel de camello
de Juan el Bautista.

Estos,
ayer desiertos de tribus errantes,
ciudades mañana,
ricas, más que las de hoy y de antes.

Un canto, pues, a la leyenda pasada,
otro a la gloria presente.
Y el otro, el mejor, a la ciudad soñada.

Cual la voz del patriarca
Jeremías, león de otras edades,
que a las razas muertas o idas
lamentó entre los muros de las ciudades
destruidas,
y cien veces construidas,
bajo el fuego de Dios,
es tiempo de que se alce una gigante voz.

Alta y fundamental,
como cuadra a la alcurnia de un barbudo profeta,
a la generación del gran trigal,
dirás tu palabra, oh poeta, —
hoy, sobre estos llanos
de los nuevos mundos sudamericanos.

Mas dicha sea
por la alegría, el dolor o el afán,
no de los hombres que ya no son,
sino de los hombres
que vendrán.
Por los que traerán
mente o corazón
y por las ciudades
que aquí levantarán.

Una canción!
— Una oración! —
a todos los vientos,
al pie de los invisibles cimientos
de las grandes ciudades que aún no son.

EL NOCTURNO DE LAS TRES MARÍAS

La noche alta
sonora es. Yo voy hacia el gran río,
en donde el arenal brilla a lo lejos.
Llevo un cayado de oloroso pino
y he puesto en el extremo del cayado
mi lámpara, que arde en lumbre de oro.

La llama va oscilando con mi puño
y una aureola extiende,
como la cabeza
trunca de un Santo.

Huyen algunos pájaros
agitando las alas en los árboles.
Se oyen cantar insectos.
Un grillo mueve
invisibles palancas de cristal
en los más altos aires,
y su canto, lo mismo que un resorte
hace girar la máquina del cielo
desplazándola, lenta...

Sobre la perspectiva de Occidente
las Tres Marías,
inclinándose van hacia la tierra
en actitud de flecha
sesgada que desciende...

Venga el mozo que coja la áurea flecha
y con arco potente la remonte!

La noche, como bóveda
sonora es. Oh, músicas!
Oh, movimiento, y orden y equilibrio.
Sonoridad creadora que circula.
Estoy en ella igual que en un molino
que funciona.
Allí están las gavillas,
allí esperan los granos,
allí la harina de las albas túnicas.
Y esos carros que van por los caminos
ahora, con las mieses
de los campos, ¿no van allí también?

Desvío el arenal
y llego al agua.
El cielo se refleja totalmente
en cristales sin límites.

El agua se hace cóncava.
La curvatura sideral se aplica
sobre el agua inmóvil,
como una mano sobre la otra mano
en actitud de orar...

Ved qué brusca ansiedad hay en los astros!
Las Tres Marías caen al horizonte,
como doncellas de la mano asidas
que van a buscar muerte
segura en horroroso sacrificio.

¡Quiero ver en qué abismos
caerán las doncellas!
Alumbraré las rutas con mi lámpara.
Mirad: se incurvan
con una santísima
resignación
de cargadas espinas.

La indiferencia de los astros hiela!
¿Entre ellos no está el héroe que defienda
con su lanza las víctimas celestes?

¡Si es necesario andar toda la noche
yo lo haré.

Antes que nazca el día,
y la señal se borre de los cauces,
en donde están caídas las tres vírgenes,
mi brazo extenderé para salvarlas.

Pero si en libre éxodo del cielo
descienden ellas, solas, a la tierra,
con sus palmas de luz,
con sus velos tan diáfanos,
con sus canciones místicas,
para fundar aquí la religión,
del lejano país en donde moran,
seré el primer devoto de sus ritos
e iré a besar, mojados de rocío,
los pies descalzos de las Tres Marías.

ALABANZA DEL LUCERO DE LA MAÑANA

A la memoria de María Eugenia Vaz Ferreira,
que gustaba leerme en alta voz este poema.

Limpia es la madrugada.
Y te expandes sereno por los campos.

Hacia ti voy por la llanura y canto
en la gran soledad,
una canción en labios de los gauchos
recogida.

Huso de blancos linos,
para rueca de hadas.
Copo de viva luz.
Agua para el bautismo.

En cáliz plateado
montoncillo de harina.
Hostia para la misa
del alba.

Lucero matinal!
Anunciador!
Tú que al día despiertas
los párpados moviéndole en las sombras,
conmigo vas;
caminas si camino.
Ya acaricias mi frente,
ya resbala en el hueso de mi sien
tu fuego bautismal.

Quieto asomas en todos los rocíos
y el labrador te ve multiplicado
en cada flor que coge.

Y en el ojo te ve de cada fiera
y en el ala también de cada insecto.

Tibio en la nuca anidas de esos toros
que mugen en la noche
y con sosiego inclinan
el testuz hacia ti, yugo inefable!

Sabios toros geómetras
que miden con los cuernos en compás,
arcos del horizonte,
e inventan a tu luz ritos sacerdotales.

Oh lágrima purísima!
Oh lágrima, la última
de la noche que el día
recogerá en su lienzo.

Pajarillo de fuego
en éxtasis vibrando:

¿de qué Arca te arrojaron
por los mares de sombras?

Lucero matinal!
Brilla tu imagen en los grandes ríos
y ansioso buscas sin jamás hallarlo
al lucero dormido,
fuego fatuo,
fantasma de ti mismo,
que se está prisionero, mas no sufre,
en la cárcel del agua.

Tu lámpara
colgada está sobre las aguas, y arde
como llama en el atrio, y se prolonga
también sobre anchas láminas bruñidas.

Oh, lucero del alba! Firme flecha encendida,
que al cielo arroja el arco tenso del horizonte.

Ya inicias el seguro movimiento
de la luz!

Gran paladín de los corceles próximos!
que ascenderán sin ruido.
Amansador de potros invisibles
que treparán al cielo!

Marchamos a tu encuentro!
Van hacia ti los hombres,
pues tú presides la ascendente armada
que los espera,
y la anuncia triunfal
tu clarín
que no es otro que aquel cuyo reflejo
oblicuo en los pantanos se dibuja.

Loor a ti, bello heraldo!
Ya viene el Dios que anuncias!
Emisario celeste del dorado clarín!
Van hacia ti los hombres,
van hacia ti los árboles,
van hacia ti los pájaros.

En la inminencia del glorioso instante.
Loamos tu ascensión!
E iremos a tu encuentro
Pues de tu lado nos vendrá la luz!

Oh lucero divino!
Juan Bautista del Sol!

ELEGÍA DE LA GRANADA SIN MADURAR

Era anticipo de Otoño
la tarde en la llamada.

La granada
osciló un momento
y cayó arrebatada
por el viento.

La tempestad
de furias grises,
huyó con su crueldad.
a otros países.

Por la oculta simiente
abovedada,
por el sol poniente
iluminada,
¡qué noble, saliente,

la granada,
como la frente
genial
de Blaise Pascal
adolescente!

Sólo en las llanuras,
el árbol
de pequeñas hojas,
oscuras,
se cubrió de frutas rojas
aún no maduras.

Y ellas, con sus diademas
y mitras
arzobispales,
flechas de agudas yemas
vegetales.

¡Qué grandes frutas!
La mejor de ellas
se abrió. Era redonda,
bien moldeada,
la granada,
urna maciza de estrellas...

Rasgóse el fruto
y adentro ví
diamante en bruto,
mas no rubí.

Adentro ví
compartimentos
con cargas divinas,
celdas muy llenas...
Sólo las hay en las minas,
en los molinos y las colmenas.

Aposentos
de azúcar o cristal,
y anunciación segura
de arrecifes de coral
en miniatura.

La fruta mansa
por el viento herida,
cayó como una gran esperanza
fallida.

El interior lleno
de granazón bella,

como el duro seno
de una doncella!

Y para siempre!
Cortada,
por invisibles hoces,
la granada,
fué el destino de una Driada
castigada
por los Dioses.

Igual que un viejo, cuando
ve a su hijo muerto,
el árbol, ¡pobre!,
se quedó llorando
frente al desierto.

Guardé para mí
el fruto rasgado a mis pies.
— Yo puedo verme así
hoy, mañana, o después...

Bésala, ahora,
Poeta, y llora!

Y en seguida de eso,
bajo tu beso,
por la oculta simiente
abovedada,
verás qué pura, tierna, saliente
como una frente
malograda
de adolescente
aún, la granada!

LA ESTRELLA Y EL GRANO DE TRIGO

Estaba el aire cárdeno, vibrante la llanura,
ya se doraba el trigo con la espiga madura.
Reino de Sagitario.
Yo iba, peregrino
de los campos de América, a pie, por un camino.
El ocaso, allá lejos, tras la ciudad caía.
Un río separábame de las casas. Corría
sin oleajes. Volvieron hacia el hogar obreros
y paisanos en paz. Balaban los corderos.

Daba la miel indígena sus ásperos aromas.
Se oyó arrullar la tórtola montaraz en las lomas.
Sobre el sol, una nube iba con su candor,
como una oveja blanca al cuello de un pastor.
Huyeron los instantes. Ví la primera estrella
brillar sobre los campos.
Estaba limpia y bella
Era un pájaro en éxtasis velando sobre el hombro
de la noche. Eleváronse hondas voces de asombro,
coros pánicos, himnos de amor y de alabanza.
— Yo he de hacer con las voces un canto de Esperanza! —
dije. Y como un caldeo pastor meditabundo,
me recosté en la tierra frente al celeste mundo.

Las espigas temblaban movidas por el viento
y de cada materia se elevó un pensamiento
sublime. Conversaban los granos ya maduros
con las hojas. Los árboles, buscaban los oscuros
brocales de los cielos para allí abrirse en frutas.
Los bueyes patricios, en las astas hirsutas
dobladas, recogían los nómades mensajes
y afinidades cómplices llenaban los paisajes.
Liviano, confundido, con un astro perfecto,
volaba hacia las cumbres un tembloroso insecto.
Tan altas las luciérnagas fácilmente subían,
que en la luz de los orbes su fanal encendían.
Eran pequeñas arpas las alas de las aves.
Mugían toros Hérefords como órganos graves.

Una emoción ahogábame, de alma satisfecha:
estaba ya en la víspera de iniciar la cosecha.

Aún ví unos carreros en lenta caravana
llegar, con los cilindros de las bolsas de lana.
El capataz detúvose con el brazo extendido.
Largo, como las pampas, se agudizó un silbido.

Lo que se oyó más claro en la quietud aquella
fué el coloquio de un grano de trigo y una estrella.
Las palabras vencieron las astrales distancias.

Mi corazón fué un cósmico centro de resonancias.
La estrella habló del reino alto de la alegría:
el triunfo de la fuerza, la ciencia y la armonía.
Su brillo era la lanza de Palas Athenea,
abriéndose un camino con la insignia febea.
La dignidad jerárquica de la luz que ilumina
las frentes creadoras y la concha marina.
Serenidad y gloria feliz del pensamiento
impecable. La idea sin el ritmo violento.
La vida dilatándose en libertad segura,
la religión del cuerpo en toda su hermosura.
La cima de la forma escultural lograda
lejos de los dolores impuros consagrada.
Con un seno de virgen moldeábase una copa:
en la base un relieve con el rapto de Europa.

Vinieron a escucharla mil a mil las estrellas:
constelaciones; carros de efebos y doncellas.
Hablóles de torneos: cuerpos semi-desnudos;
las lanzas rebotando en los firmes escudos.
Dió vida a los cortejos de anfiteatros y foros
y a la trágica música de antiguos griegos coros.
Y más allá, los ágiles gimnastas, los guerreros,
los banquetes, los pórticos...
Filósofos austeros,
sin perder la apostura ni el encanto reían.

Ni en una vida eterna ni en la muerte creían.
Doctrinaba con símbolos la apolínea garganta:
al viajar, cada estrella, no vé a los hombres: canta!
Es la mansión de Hades acaso un himeneo;
de allí volvió triunfante con su bestiario Orfeo!
Ved héroes con las cítaras, las rosas y los lauros,
en playas como hipódromos con tropas de centauros.

La Era más dichosa de la historia del mundo
resucitó en el astro y en su mirar profundo.
En Delfos, los oficios de sabias pitonisas;
vestales, humo, inciensos de las paganas misas.
La eternidad estaba en el fugaz instante
del reir y en el grácil correr de la bacante.
Los dioses eran hombres de atributos divinos.
Los hombres fueron dioses por un tiempo.
Con vinos
y cantos, bajó Aquél de los labios impuros.
Guía al macho cabrío de los higos maduros.
Baco! El del Himalaya! Trae las danzas rituales
en holocaustos míticos, y sus fiestas teatrales
de pronto se incorporan a los nativos cultos.
Miles de hombres jóvenes en alegres tumultos,
las hecatombes órficas en los templos abiertos
inician!
... ¡Y qué lejos del dolor y los muertos!

Para el grano de trigo todo ese resplandor
de alegría, era un tránsito fugaz y sin valor.
Él, quieto, humildemente buscaba otro camino:
se inclinaba a la tierra para allí ser divino.
Hermano era del árbol, del pez y de las aves
de los hombres que luchan en la tierra y las naves.
Su grey: vedla en las mansas mieses de Galilea,
macizas de parábolas como la plebe hebrea.
Su entraña le dió un alma que el astro no vería.
Un alma que en la llama del sacrificio ardía.
En la última cena Jesús mostró el milagro:
partió un pan que guardaba mil trigales del agro.
Darse a las otras almas. Madurar y sufrir.
Circular por las cosas. Morir para vivir.

A su lado juntábanse los pobres y los ciegos,
que entonaban salmodias y plegarias y ruegos.
Todo un mundo imprevisto subió a su alrededor.
Y ese mundo era carne de hombres... ¡Y dolor!
Sembrados que eran lívidos fieles en oraciones.
Vías lácteas y antorchas: muy vagas procesiones.

El alma, roto el cuerpo, más que los soles brilla:
va el tallo al viento y déjanos, oro y luz, la semilla.
La hoz que el campesino trae en la diestra armada,
goce infinito anuncia en inmortal morada.

No hay mayor miseria que la del pobre grano,
pero nadie más grande que él.
Cuando la mano
del labrador lo arroja al fondo del molino,
vedlo transfigurado!
Emprende el gran camino
en que su cuerpo enciéndese en bella harina blanca.
Luego, es pan. Nutre al pobre y del dolor lo arranca.
Yo lo he visto a la entrada del horno, con su aroma
provincial y sus tímidas alburas de paloma!
Y el pan es movimiento!
Con oro se ornamenta:
cuando anda sobre el mar detiene la tormenta.
Junto a la buena lámpara la luz lo multiplica.
— Tomad, este es mi cuerpo! — En cena humilde o rica
dice. Él mueve la quilla tajante del navío.
Va en las emigraciones de pueblos. Va en el río
como esclavo en las barcas de torpes mercaderes.
¡Qué frágil es, en manos de niños y mujeres!
En el ara del templo con el vino se entrega,
y está con los ejércitos en la desgracia ciega
y en la misa campal de esbeltos estandartes!

Se muestra, y es el índice de Dios en todas partes.

Él vió los pordioseros, en grandes muchedumbres
subir! Descalzos. Místicos. Ascetas sin techumbres...

De raíces los músculos, ojos como cavernas,
que la orilla oteaban de las playas eternas.
Y esos fantasmas frágiles vencieron a los dioses
de las zonas olímpicas! Y esas humildes voces
un himno armonizaron que desde que se oyó
la música del mágico Pitágoras calló.

Cada espiga de trigo se alargaba hacia el cielo
como antes, en los siglos de la fe y el desvelo.
Cuando alzaron los hombres los templos medioevales,
mazos de trigo altísimo fueron las Catedrales!

Diadema era el zodíaco: giratoria, ascendente.
Al verla tan magnífica, Zeus la ciñó a su frente.
En cambio, a flor de tierra, los trigos daban luz.
¡Qué luz! Como los lacios cabellos de Jesús.

La estrella era el espíritu de Grecia. Y en el grano
de trigo yo aprendía todo el drama cristiano.
Arriba, en la frialdad del astro, la belleza
inaccesible. Abajo, la absoluta entereza,
la inmolación oculta y la fe milagrosa.
La estrella, de los hombres, lo mismo que una diosa,
alejábase... El trigo se entregaba al suplicio.
Su entraña engendraría la harina, el pan nutricio,

la hostia, tras muy grandes sufrimientos!
La estrella
nos daba una luz fría; y esa luz no era de ella!
La encendió ha muchos siglos en la anchísima frente
de Dios.
Bajé los ojos. Miré hacia la vertiente
y ví la grey innúmera de tallos ondulantes.
Y cuántos! Muchos más que los astros radiantes.
Me incliné, y de rodillas besé el trigal maduro,
y sin mirar los astros recé con labio puro
una oración, al llano, al bosque y a la sierra.

Oidla:
— «Padre Nuestro que estás sobre la tierra!»...

Me incorporé ya tarde oyendo el vasto coro
de las cosas. Mi espíritu también lo ví sonoro
como gruta de océano. Los ecos repetían
en mí todas las voces que en el mundo se oían,
pues mi oración sabíanla todos los elementos:
las espigas, los pájaros, las aguas y los vientos.

Noche alta. La selva creció, y era ya un monte
de sombras. Creció tanto que llenó el horizonte.
Me encontraba perdido en la tiniebla... Errando
sin tino, entre las mieses.

Pasó el tiempo; mas, cuando
ya el cansancio agobiábame el cuerpo, ví brillar
una luz.
Grité: el astro!
Mas no: era mi hogar.

El fuego ardía. Un beso dí a la esposa y al hijo.
Abracé tiernas carnes. Después, mi labio dijo:
— He de iniciar la siega, mañana, con la aurora...
— Grandes revelaciones oí! — Medita y ora:
— Jesús está en la tierra, no en el cielo!
— Sus manos
las pude ver en nuestros trigales de los llanos.
— Toma este haz de espigas que en el altar de casa
consagro.—
Con nosotros, Cristo la noche pasa.

LOS PÁJAROS NOCTURNOS

I

En la noche
oigo pájaros cruzar...
Pájaros extraviados.
¿A dónde irán?

De tinieblas
la noche abre sus redes,
para aprisionarlos.
Mas no puede.

De las nubes sombrías
la tormenta arma los velos
como en una celada.
Mas siguen ellos.

Muro le forman
y límites las montañas,
pero esas aves requieren
otras vallas.

De oro y luz
prisiones les forja el alba.
Finas torres de cristales,
— No los alcanza.

Las selvas, con sus misterios,
los mares con las distancias.
Desiertos, de rubios fuegos:
todo pasan...

Finísima para ellas
la lluvia teje una malla.
Pero las aves y el canto
se le escapan.

¡Mis aves! Bellas legiones.
Mis emisarias alertas
allá donde dan su música
las esferas.

Volad!
Volad; mas si un día
flechas de muerte os alcanzan,
buscad morir en mi frente;
Vuestra antigua casa.

II

Es de noche.
Oigo las aves cruzar,
¿Qué angustia es ésta, Dios mío?
¿Ya... volverán?

PASTORAL

Aún el sol poniente
fué a enhebrar lentejuelas frágiles
en la arena del río.

Unos hombres
intentaban hacer vadear
un tropel asustado de corderas,
por el torrente.

Dispersóse el rebaño,
y sólo alguna débil forma
temblorosa,
se deslizó en el cauce.

Más felices, allí cerca,
las lavanderas, cantando,
llenaban las aguas
con encrespadas pompas de jabón
que — esas sí — eran dóciles ovejas
diminutas...

Cuando volvíamos,
al anochecer,
las altas mujeres iniciaron el regreso.

Dispusieron
los atados de ropa blanca,
—¡redondos recortes de albas nubes lejanas!
en un pesado carro
y ellas se fueron en otro.
Eran diez o doce,
jóvenes, con morenos brazos
y desnudas piernas...

Después
en los caseríos, las vimos
del carro descender,
Calladas y graves se fueron...

Ardían los faroles provinciales.

Hora de las armonías
astrales y terrestres, aquélla!
Cuánta correspondencia entre las cosas
más distantes!

Fué entonces que detuvo también
ante la noche,
su gran carroza magnífica,
el sol, en el camino del Zodíaco.

Todo el que quiso pudo contemplar
cómo bajaban de ella,
y se echaron a andar por el cielo,
con el sacro silencio de costumbre
las Doce Constelaciones.

CANTO DE LAS PIEDRAS PEQUEÑAS DE LOS RÍOS

A Fernán Silva Valdés.

Piedras que arrastra el río
y vienen con las aguas transparentes
de las sierras del trópico, entre músicas
de torrentes.

Rodando,
rodando, rodando y cantando,
por las laderas,
al río van bajando.

Tras larga esclavitud,
hijas del padre sol, gotas del fuego,
adormidas mil años en la tierra,
son despertadas luego.

El agua os ha entregado
la libertad, la danza y la alegría,
y os lleva por caminos
maravillosos a la luz del día.

Corriendo, corriendo, corriendo,
de la sierra a los llanos,
os detenéis apenas
para hablar con la flor de los pantanos.

Adorno de las tribus,
y arma para vencer al extranjero.
Si os manejan los indios dais la flecha,
lumbre contra el acero.

Luz y luz todo el día,
luz y luz os da el sol,
para que las luciérnagas,
allí enciendan de noche su farol.

Mansas como semillas,
frescas como doncellas,
millares y millares
sois más que las estrellas.

Unas con amatistas
o cuarzos en su centro.
Otras, color de luna,
vienen con agua dentro.

Por la noche en los vados
cantan los payadores.
Y han encendido hogueras junto al río.
¡Qué lindos resplandores!

O gritan los vaqueros
bajo el sol del estío.
Si quereis escucharlos,
—¡Vamos!, os dice el río.—

Alguien os pastorea
con silbo o dulce voz.
Así vais en la arena que resbala
por los dedos de Dios.

¿Cosas? ¿Almas que emigran?
Obedientes rebaños,
debajo de los puentes
pasais años tras años.

O alegres y desnudas
correis por las campiñas,
formando caravanas,
como si fuérais niñas.

Piedrecillas redondas
cual los ojos del buey, que os vino a ver,
lleno de asombros
cuando bajó a beber.

Como el pie de los niños
algunas son rosadas;
las que siempre han de estar por inservibles
olvidadas!

Sandalias que los astros
para andar por el agua se han ceñido.
Con prisa os abandonan
porque el sol ha salido.

Y tantas, que parecen
estrellas rezagadas.
Estrellas que han caído,
estrellas enfriadas...

En el agua hay artífices,
lapidarios pacientes,
que os dan formas de joyas
relucientes.

Con desvelo las ásperas aristas
van lavando y limando,
y os dejan si pulidas y perfectas
vais quedando.

Pero el agua, en silencio,
os va arrastrando!

Como en un rito bárbaro,
el río patriarcal,
se viste con vosotras
manto sacerdotal.

Vuelca sobre su pecho
de piedras un tesoro.
Os usa todo el día.
De noche las ha de oro.

Serenos, con sus hábitos
solares y atavíos,
pompas e hirsutas barbas
— Mirad los padres ríos!

Arenales inmensos,
son telas deslumbrantes.

Allí las piedrecillas
están como diamantes.

Mas cómo corre el agua
Y en su seno os esconde
Y os lleva poco a poco.
Ella sabe hacia dónde!

Mas cómo aumenta el agua
y ensancha sus caudales.
¡Qué lejos los troperos,
los cantos nacionales!

Adiós, ranchos con luces
por la noche. Adiós, luna. Adiós estrellas!
Piedras que van a hundirse, hacia el Oeste,
mar adentro, son ellas.

Porque de ancho el río
es amargo y muy hondo,
piedras, sois pobres cosas
que rodais hacia el fondo.

Ahora que en tinieblas
prisioneras estais,

como ojos muy abiertos,
¿a quién interrogais?

Después de tanta dicha
dónde vais a parar.
¡Ciegas, y dando tumbos,
por el fondo del mar!

EL CORTEJO

Yo iba por unas serranías
en la madura mañana del verano,
La campaña, era un muestrario de piedras azules,
doradas, rojas,
relucientes bajo el sol.

Y ví ascender por una colina
un extraño cortejo fúnebre.
Belleza de la luz y el color, no obstante!

Pues era el entierro de un niño
y el blanco ataúd lleno de flores,
venía sostenido por ocho muchachos
con ramos de palmas en las manos libres.

Los trajes de telas vivas
y los rostros claros,
de los acompañantes,
eran las joyas laterales
de un móvil aderezo.

Detrás, una hilera de juveniles cuerpos.
— ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Una escuela?—
De dos en dos, marchaban ellos
por las curvas del camino.

Lejos, los padres
habían dejado adelantar el conjunto,
para no turbarlo
con la presencia impura de los lutos.

— Salve, oh niños!
— Hijos del campo, yo os saludo!
dije — y arrojé una flor sobre la caja.

Sueltos los rubios cabellos al sol,
ellos me miraron,
sosteniendo con orgullo
el cuerpo del amigo muerto.

Yo ví alejarse la extraña ceremonia
hacia las cruces blancas
del cementerio,
de donde subían vapores azules en espiral.

¡Qué lejos iban todos!
Bajo un arco de ladrillo y cal entraban.

Aún pude ver el cortejo
al internarse en la blanca morada.

Desde las lejanías
allí lo ví hundirse.
Brillante, gracioso, haciendo curvas.
Como un gusanillo de los campos
que en su casa entra.

EL ÁRBOL DE LA NOCHE

A Justino Zavala Muniz

Final de un bello día de labor.
Los árboles dorados de frutos están.
Hombres, cantando, desunen los bueyes.
Pasan dos mariposas persiguiéndose;
por un momento más revolotean
cerca de mi frente.
Se van!

Firmes, con transparente ingeniería,
los delgados molinos de metal
son heraldos con largos clarines,
que convocan ejércitos lejanos.

Es el último instante del trabajo:
aun veo mujeres con sus vestidos
de vivos colores.

Recogen los frutos debajo de los árboles.
Los hombres sacuden los recios troncos,
o trepados en las ramas,
dejan caer los frutos elegidos.

En la tierra,
están las mujeres de pie,
sosteniendo los delantales abiertos
y en su regazo forman nido
a la gran cosecha estival.

Errante, las miro y sigo.
La noche está ahí nomás.
De las casas de Santa Lucía,
asoman luces que el río dispersa
en un juego de niños.

Me he detenido. Estoy en la convergencia
de varias avenidas de árboles.
Desnúdanse mis sentidos
hasta hacerme perfecto.

Noche. Sí; Noche es. Y muy pura.
Música es ahora la naturaleza;
Música que a sí misma se escucha.

Las viejas acacias están frente a mí
en actitud de espera.
Campesinas, también ellas al fin,
abren sus delantales de hojas
para guardar los frutos dorados
que ven caer de las ramas del firmamento.

Alguien, como sin querer,
ha de agitar el árbol de la noche.

LA TORMENTA EN LAS SOLEDADES

Noches, las últimas del invierno,
muy crueles son éstas.
Estoy solo en las llanuras
bajo la tempestad;
yo, el joven fuerte,
aquí me gano la vida.

La casa de madera en que vivo,
bajo el viento y la lluvia,
y los árboles,
tiene el sordo rumor de los océanos.
En las tinieblas
he llorado,
he temido.
He pensado en mi hogar
lejano en la ciudad,
con la amada y los míos.

Solo estoy en la noche.
Padre muerto, madre muerta
ha poco tiempo:
¡Qué abandono el de este hijo
bajo la tempestad!

La misma primavera
que hasta ayer se anunció
en los árboles,
al darles flor se ha ido.
¿Afuera, morirían
los pájaros pequeños,
y la flor del manzano
recién abierta?

Hacia el día que nace,
lleno aún de miedo voy a ver,
por la vidriera,
eso que creí destruído para siempre.
Miré.
Cantaba un pajarillo
en un gran árbol frente a la tormenta.
Un pajarillo pardo.
Un pobre pajarillo,
cantaba un melodioso
canto en la tempestad.

Y otros, y más también.

Florecido el manzano
estaba, y más que antes,
Ni un momento cesó de dar su flor.

Ni la dejó caer...
Y así, los otros árboles.

Por el camino
abandonaba el viento su cantar
y sus rizos tiernos
una niña rubia conduciendo las vacas.

La niña rubia que nos trae la leche,
al mirarme ríe
como todos los días.

La gigantesca
furiosa locura
de la naturaleza en tempestad,
no ha logrado interrumpir
el canto de un pajarillo,
el florecer de un árbol,
ni la voz de una niña.

Ah, pero en la zona
de mis recuerdos,
la misma tempestad era otra cosa,
recogida allí como en un oscuro,
turbio espejo!...

EL JINETE Y LA COPA

El jinete ciego en el potro salvaje.
Yo fuí tal vez el único que lo ví pasar.

Venía por las llanuras vírgenes,
con un recio galopar agitado.

Todo desnudo en el potro salvaje:
era un indio hermoso y funesto como un dios.

Pude ver sus ojos privados de luz;
los ojos eran dos blancas escamas móviles,
y en la frente brillaba el sudor
como en noche del trópico los astros.

Era el atardecer.
Él, iba hacia la luz que huía,
fuerte, sonriente, feliz,
como un rayo rezagado del sol.

Mantenía con una mano
la brida tirante del potro,
y en la otra llevaba una copa.

Diáfana copa aquélla!
Hasta el borde llena de un agua divina.
Levantábala él a la altura del labio
para beber, mas no podía.

Yo, temblando de miedo,
fuí tal vez el único que lo ví pasar.
Testigo cobarde,
yo, temblando de miedo
cuando él, confiado y gracioso sonreía.

El jinete ciego en el potro salvaje
siguió hacia la derrotada luz,
castigando la bestia en exceso de vida.

Era fuerte, sonriente, feliz,
el joven indio.

Ya lo creo!
Y qué seguro de sí mismo...
Llegó a una meseta del fondo de mi alma
que daba a un precipicio.

Conteniendo
la viril cabalgadura,
iba con una alta serenidad
sin que de la copa lograra beber.

Mas sin dejar caer a tierra
ni una gota del agua, que en las sombras,
le daba luz,
ahora,
como lámpara.

LA ORACIÓN EN LA HORA DE CENAR

A Gustavo Gallinal.

La casa es pobre y se abre al campo inmenso.

De blanco está la mesa y nos aguarda.
Es el anochecer.
La madre ha dicho:
—¡La hora de cenar!
Trasciende a cosa santa el comedor.

Sube la noche. Cantan a lo lejos,
hacia la luna llena,
las aves vigilantes.

En mi casa la lámpara doméstica
su llama eleva aquí, al lado mío.
La madre toma asiento. Las hermanas
y los hermanos, cuando llegan, mueven
grandes sombras oscuras
en la pared.

Grandes sombras oscuras
que huyen por la puerta
y penetran de nuevo cual fantasmas.

De madera los bancos. Muy pobre la vajilla.
El agua clara
de manantial en el jarrón de barro.
Los pálidos metales
de los cubiertos...
Y el gran pan redondo
que se destaca en el mantel de lino,
dorado está en el centro de la mesa.

La madre de nuevo
nos habla: — Todos de pie
¡Oremos antes de cenar! —
Inclinado el rostro,
sobre el pecho.

Yo, el soñador, por la ventana miro
hacia los campos cuyo fin no veo...

La luna está en el cielo
como el pan en la mesa.
— Oremos —
Dios dará la porción de cada uno.

EL NIDO DE LAS CALANDRIAS

A los niños de la América del Sur

En Santa Lucía, durante el mes de Octubre de 1923, fuí testigo del episodio que se desarrolla en este poema.

Se descubrió en la casa en que yo trabajaba un nido de calandrias con cinco pichones. Tres eran de las nativas aves cantoras, dos eran del tordo, pájaro vagabundo del campo. Alguien quiso observar demasiado el nido y tocó las crías. Entonces, los padres destrozaron la cabeza de los tres hijos, dejando con vida a los pichones de tordo, como si no les interesara el futuro de éstos. Terminado el sacrificio, las dos calandrias desaparecieron de la comarca. Un asunto que no tratan los autores americanos que se han ocupado de las calandrias, y es también más heroico, que la trágica actitud de otras aves célebres, que en circunstancias análogas, han sorprendido e inspirado a los poetas, los viajeros y los sabios.

Las dos calandrias pasaron
de un árbol hacia el campo.
Atardecer.
Muy claro atardecer...
Me quedé mirándolas.
Volaron,
aún más. Yo dejé de leer.

Con un manso mirar
voluptuoso me detuve a observar
las grises aves.
Una de ellas se puso a cantar.
Un álamo, quieto estaba, a modo
de un índice en un labio.
¡Silencio!
El pinar,
los insectos, las tierras, el viento, el lodo...
¡Silencio! El orbe todo
va a escuchar...

Aves de ojos pardos con aro amarillo,
alas plomizas, plumas castaño obscuro,
patas saltarinas, jaspeadas sin brillo.

Como siempre,
Dios otorgó tan sólo al pajarillo
macho, el don del celeste canto puro.

Canto de la calandria en el pastoreo!
Canto de la calandria en el arrayán fragante.
Libertad. Agilidad. Gorgeo,
del carnal deseo!
Vestidura de luz.
Arrullo del varón que va a la amante
feliz, y es salmo nunca repetido.
Canto en amor y carne concebido,
y realizado,
santificado
y sin pecado.

Canto a la calandria!
Maravilloso canto!
Tan seguido de vuelos!
Canto de la calandria...
Alegría de cielos
y tierras y de cielos y tierras llanto!

Después, supe más...
Las calandrias tenían un nido
en un laurel real.

Pobres! Qué mal
construído
y a la vista!
Hacerlo allí fué descuido
de artista,
pájaro musical!

Nieve olorosa floreció el manzano
y el duraznero vió caer su flor.
La cigarra chirriaba: el Verano!
Todas las avecillas del Señor
cantaban,
a cada cual mejor.

Cantaba la calandria desde el amanecer,
melodía infinita, divino trinar.
Para oír la canción en cada día renacer
y ascender
yo aprendí a madrugar.

Un día
ví el nido,
copo de tiernos plumones.
Y en él, mal escondido,
un racimo de cinco pichones.

Tres de ellos, de calandria, sedeños.
Dos, del tordo, el bohemio haragán.
— Hermosos pájaros!
— Pequeños,
y cantores!
Como en los sueños
míos, mañana libres cantarán!...
Pero temblé: los dueños
de la estancia ¿no los descubrirán?

Porque yo tuve la paciencia
de ser, en una estancia de dolor
peón durante dos años.
Los patronos eran hombres de ciencia.
No me amaban: yo era el soñador...
El cristiano pastor
de sus rebaños.

Un hombre dió con las avecillas
y avisó a los otros.
Se hizo vigilancia
tenaz, y hasta una jaula de mimbres y rejillas.
Los pichones
quedarían cautivos en la estancia!

Las calandrias ya no cantaban tanto!
— Cómo deseaba yo que libres fueran

aquellos hijos cantores!
Ruiseñores!
Sí!... o más, por privilegio y gracia del canto,
de mis Américas, eran...
— Poetas. Hermanos. Los mejores!
— Ah! si los pobrecillos huyeran! —

Los cinco pichones crecieron.
Los tres de calandria, hermosos, vivaces,
a silbar aprendieron.
Los de tordo, sólo abrieron
para comer, los picos voraces.

Pero llegó un terrible día
en que un hombre apenas rozó
el nido con las uñas.
Yo jamás podría
imaginar lo que allí sucedió.

Fué así:
ido el hombre empezó a soplar el viento
del Sur, hasta nublar el firmamento.
La calandria esperó
y en seguida voló.
Subió, subió,
enloquecida de un secreto mal.

Se detuvo muy alto, muy alto!
Y cayó
vertical.
Y llegando al nido dió
un gran salto,
poseída de furia sangrienta y bestial.
Y a sus tres pichones mató.

Abriendo las alas en abanico
en un gesto de orgullo y belleza
con el pico
hecho llamas,
a cada hijo destrozó la cabeza.

Milagro! Dejó vivos
los otros dos pichones
de tordos comilones.
¡Que se los llevaran cautivos!
Y se fué por los cielos,
con un volar difícil y doliente.
¿El destino de los dos pequeñuelos
que *no eran de ella*, le era indiferente?

Dime: Oh, pájaro!
¿Para qué el sacrificio
de los tres hijos?

¿La muerte antes que la servidumbre?
¿Qué indicio
viste de horribles cárceles?
¿Por qué tú, que eres luz, fineza y mansedumbre
te armaste de odio, allá en alguna cumbre
ancestral?
Y después,
¿por qué sabio llamado del instinto
maternal,
dejaste vida al pájaro distinto
de tu especie, calandria de cristal?

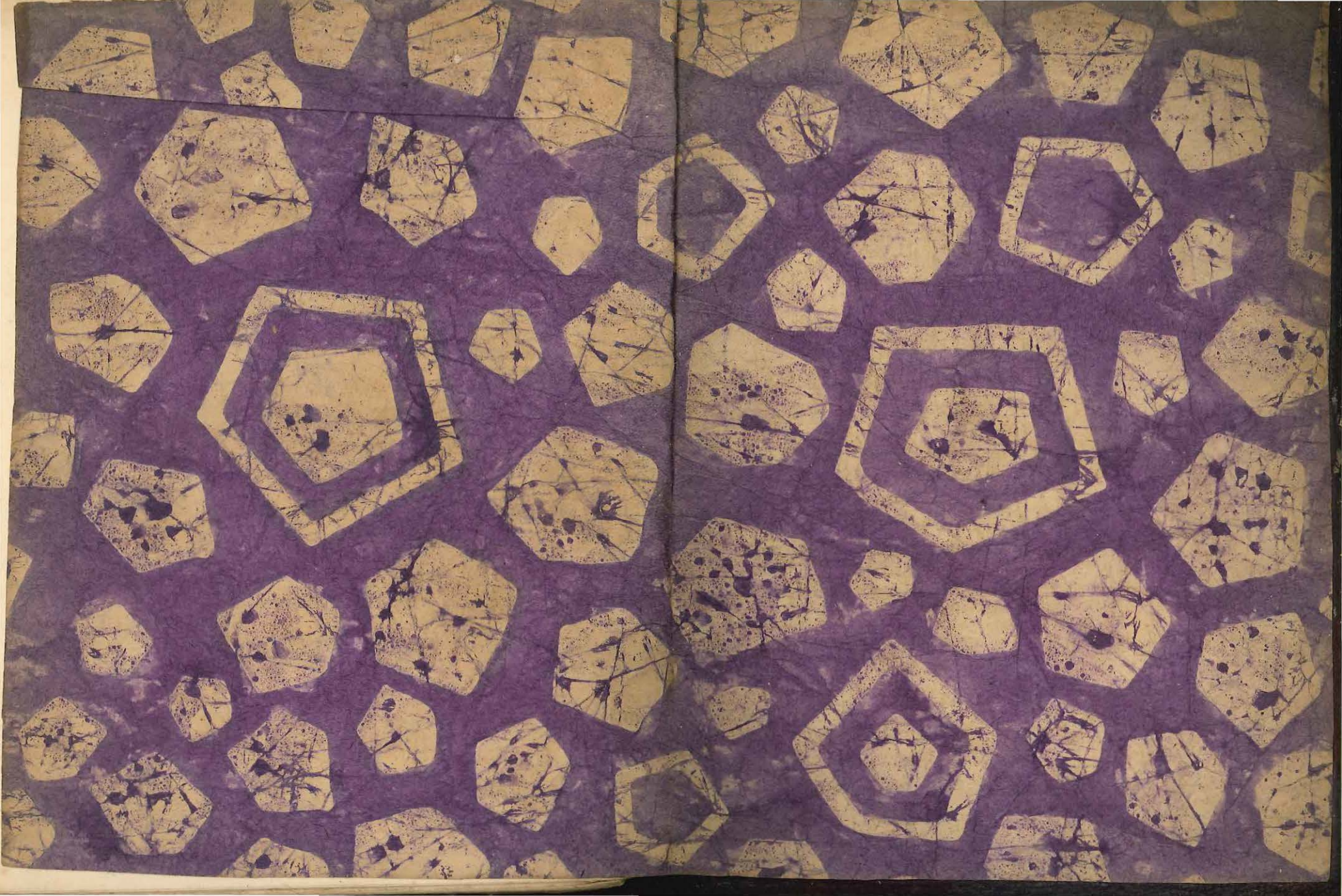
——

Entre surcos recién abiertos
enterré los tres pajarillos muertos.
Guardé las dos huérfanas criaturas,
las anidé en mi mano,
y grandes, hacia el fin de aquel verano,
las dejé ir por las llanuras.

Desde entonces, triste es el alba mía,
y el ocaso también es oscuro combate.
— Para olvidar mi melancolía,
con los indios converso y tomo mate.

Las dos calandrias no cantaron
más, por esos lugares ni por otros.
— ¿Hacia dónde volaron?
— ¡Decidlo, si lo sabéis vosotros!

Díjome una noche,
un indio, antiguo amansador de potros,
a quien pregunté por ellas:
— Hermano, realizaron
con sus hijos,
algo que no supimos hacer nosotros,
con nuestros hijos!
— Los mataron...
— No los esclavizaron,
Y agregó: — Te juro que esas trágicas aves bellas,
para allí emigraron!

Y se fué, señalando las estrellas.

Montevideo
Santa Lucía
San José de Mayo
Campos y Años de 1922 al 1925